

Reportaje



IMPRESIONES SOBRE

EL DISEÑO

DE GRIFFERO/JONKERS

Ramón López

(Escenógrafo y Director de la Esc. de T. U.C.)

Es interesante, después de analizar la puesta en escena de **El Avaro**, encontrar un tema recurrente que alimenta no sólo el punto de vista espacial sino que engloba toda la puesta en general. Si hubiera que definir en una palabra la idea o imagen que sugiere este montaje, ésta es el Naufragio, en todos sus sentidos, el poético-visual y el dramático.

En la obra, el tema de la Guerra de Nápoles y del naufragio son una información paralela que se explica prácticamente al final y que no incide directamente en la acción escénica. Son parte del cuento que justifican la historia. Sin embargo, este símbolo está fuertemente incluido en la propuesta escénica, espacial y estética.

El todo sugiere una nave-casa a medio hundir dando una inestabilidad no sólo visual sino que realmente física en los actores. En la obra original la acción sucede en un interior de la casa de

Harpagón. En esta versión de Grifféro-Jonkers, se amplifican las posibilidades proponiendo otros lugares que permiten el desarrollo de los distintos temas dramáticos. Así, entonces, además del espacio principal, que es la habitación entre columnas, tenemos un techo, un corredor, un puente, las escaleras y las ventanas, que imprimen una imagen laberíntica que contribuyen al CAOS que existe y que la Dirección quiere enfatizar.

Este techo o terraza permite derivar ciertas escenas que requieren clandestinidad, como algunas escenas de amor, como también mostrar el lugar secreto donde Harpagón esconde su cofre.

Este conjunto decadente Nave-Palacio contiene signos trágicos, además del quiebre espacial, que contribuyen a reforzar la misma idea. El sonido en ciertos momentos, de una sirena de barco en la bruma, el viento, de las gaviotas, está permanentemente evocando un ambiente

Reportaje

marino en movimiento.

No se puede dejar de mencionar el elemento fundamental que da sentido a toda esta puesta: los actores. Indudablemente que ellos dan vida y animan este espacio en inestabilidad y movimiento perpetuo. Sabemos que no debe haber sido fácil iniciar los ensayos en una escenografía así. Existe una natural resistencia de los actores de exponerse a situaciones críticas, pero a medida que transcurre el trabajo se va asimilando corporalmente la dificultad del espacio, hasta hacerlo propio. Entonces tenemos en este aspecto un resultado logrado.

Esta espacialidad forzada, condiciona una actitud física de parte del actor, un cuerpo en tensión permanente que no puede descuidar ni un movimiento, ya que su equilibrio está en jaque en cualquier lugar del escenario. El piso está siempre cambiante bajo sus pies. Su corporalidad debe readecuarse a cada instante. Como resultado tenemos actores atentos y dinámicos en forma continua, aun si están quietos.

El director Ramón Griffero y el diseñador Herbert Jonkers logran así pasar a otra dimensión del relato. Aparece una fuerte opción expresionista no sólo en lo formal, sino que en lo interno. Esta temática es constante en otras puestas de Griffero, y *El Avaro* es un paso más en esta búsqueda.

Para ejemplificar la cohesión existente entre Dirección, Diseño, Coreografía, Música y Actuación, quisiera referirme a una de las escenas más logradas en tal sentido. Esta es la llegada de Frosina con Mariana a la casa de Harpagón.

Bajo una tormenta desenfrenada, la escena se desarrolla en un pequeño espacio que es la rampa-puente que conecta un corredor con la terraza-techo. La fuerte pendiente del puente impide física y dramáticamente el avance de las mujeres.

Se establece un juego coreográfico y actoral cíclico, apoyado por el sonido y la iluminación, que nos evoca realmente la tormenta espiritual en la que se van a sumergir. El texto dramático, en ese contexto visual, adquiere un sentido pleno y mágico, llegando a sublimarse en el máximo sentido Teatral.

Volviendo a la solución escenográfica, ésta se plantea como un gran friso panorámico-arquitectónico. Si bien hay una ocupación total del espacio escénico en lo horizontal y vertical, la mayor parte de la obra se desarrolla en la salita de las columnas, teniendo el resto más bien un rol composicional, y sólo en ciertas escenas adquiriendo una mayor relevancia.

Se aprovecha en este friso la idea del *comic*. Las necesidades de entradas y salidas que requiere la obra, se resuelven en un circular permanente y en apariciones de *gag*. También esta solución permite que el actor, aun si ha salido de escena, permanezca en el laberinto complementando las acciones paralelas que enriquecen el relato de Griffero.

Hay en esta escenografía dos grandes ventanas ojos de buey, que nos muestran un cielo nuboso de colores cambiantes, con predominio del tono rojizo. Este lirismo neorromántico que bordea el Kitch, está siempre en la línea de Griffero, sumando esta vez al toque humorístico de las escenas o visiones que allí ocurren.

Estilísticamente, hay un gran eclecticismo en la elección del tema visual. Así tenemos una base con elementos arquitecturales de los años 1930-40, pero tratados con un espíritu barroco en cuanto a composición. En otros momentos tenemos saltos a los años 50 en imágenes insertadas libremente por el director.

El vestuario presenta ingredientes apropiados para cada situación y personaje, que nace no obstante de una distorsión del período original sin dete-

nerse en los anacronismos, lo que en definitiva contribuye al caos festivo de la puesta en escena, y que los actores asumen en forma alegre e inteligente.

En resumen, Griffiero y Jonkers utilizan lo que más les sirva y tengan a mano para expresar una idea que va más allá del tiempo. Una fábula en torno a la miseria humana de Harpagón, quien se presenta como el primer náufrago de este cuento.

Desde el punto de vista técnico, esta producción significa un esfuerzo notable para una compañía independiente. Se suma a esto las dificultades que presentaba el escenario con poco fondo disponible y con un equipamiento escénico mínimo, como es la realidad para la mayor parte de los teatros de Chile.

Introducir esta gigantesca escenografía es también un logro para el realizador técnico. Esta presentaba problemas estructurales como sostener plataformas sin pilares mediante un sistema de

suspensión para no interrumpir la visibilidad o estructurar superficies con doble inclinación y con una geometría irregular. Estos fueron superados con gran habilidad y no son comúnmente percibidos por el público.

En dos aspectos esta escenografía presentó ciertos problemas no resueltos del todo.

El primero, es que visualmente la terraza no era vista desde las primeras filas del teatro. El ángulo no cubría ese sector y las escenas que se desarrollaban allí, desafortunadamente, se perdían para una parte del público. Nos parece un detalle relevante el dejar marginado a una fracción importante del auditorio.

El segundo, es que esta misma terraza presentaba serias dificultades de iluminación por su proximidad al techo del escenario y por el planteamiento del color que se utilizó en la luz. Esto generaba un espacio muy oscuro que daba la sensación

Herbert Jonkers, escenógrafo, Foto J. Aceituno



Reportaje

de un entretecho lúgubre más que de un espacio exterior y aéreo como fue la intención primera. Esta atmósfera era más propicia para los soliloquios de Harpagón que para las escenas de los amantes.

Independientemente de estos aspectos negativos en lo escenográfico, en los que se tomó una opción para seguir avanzando en la propuesta escénica, la dupla Griffiero-Jonkers logra una amalgama importante en que es muy difícil separar los aportes individuales. La sumatoria de ideas conforma un producto con características propias, con una plasticidad particular y una estética fuerte cargada de

sensualidad y emotividad. Estas son consecuentes con las necesidades dramáticas de la obra, pero sumergidas en un marcado estilo que reconocemos en el trabajo de Griffiero, el que siempre nos conduce por el cuento y la fábula en un juego constante y con obsesiones en las que prepondera una exacerbación de lo estético.

En este sentido pensamos que el trabajo teatral de hoy debe proyectarse. El lograr fusiones artísticas de esta naturaleza conduce a resultados consistentes y con puntos de vista claros, los que uno puede aceptar o rechazar, pero ante los cuales nunca puede quedar indiferente.

"El Avaro", Foto J. Aceituno.





